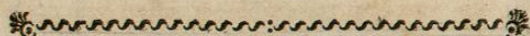


HEROIDA PRIMERA.

ARGUMENTO.

Páris, hijo de Priamo, rey de Troya, habiéndose robado á la griega Helena, fue causa de que los griegos, para vengarse, pusieran un sitio á Troya que duró diez años; despues de los cuales, incendiada aquella ciudad, se restituyeron los vencedores á su pátria con varia suerte, siendo la de Ulises (que tambien concurrió al asedio). andar errante por diversos mares y tierras, sin poder arribar á su reino de Itaca en muchos años. Tan larga demora da motivo á su esposa Penélope de escribirle la siguiente carta, en que le pinta lo que ha padecido en su ausencia, y le exhorta á que no retarde mas su vuelta.

Estas Heroidas no podrán reimprimirse sin consentimiento del traductor.



PENÉLOPE

Á

ULISES.

Penélope, tu esposa desdichada,
 ¡O tardo y perezoso Ulises mio!
 Esta te escribe; pero no respondas;
 En lugar de respuesta ven tú mismo.

Ya Troya, justamente aborrecida
 De las jóvenes griegas, ha caído;
 ¿Y qué importa Priamo y toda Troya,
 Para que así te escondas fugitivo?

¡Oh! ¡si cuando el adúltero llevaba
 Acia Lacedemonia sus navíos,
 Las irritadas ondas en su seno
 Hubieran al infame sumergido!

Ni yo yaciera miserable y sola
 En el desierto lecho en que me miro:
 Ni me quejára yo de que los días
 Caminen tan pesados y tardíos.

Ni, en fin, para engañar en algun modo
 De las eternas noches el fastidio,
 Me fatigára en ellas con la tela
 En que mis viudas manos ejercito.

¿En qué ocasion ó tiempo mil desgracias
 Mayores que las ciertas no he temido?
 Que el solícito amor siempre está lleno
 De sustos y temores infinitos.

Figurábame ya que los troyanos
 Sobre tí se lanzaban vengativos;
 Y al solo nombre de Hector mi semblante
 Quedaba de temor descolorido.

O si contaba alguno que en el campo
 Antíloco por Hector fue vencido,
 Antíloco la causa en el instante
 Era de mis temores excesivos.

Si de Patroclo, el hijo de Menecio,
De las armas de Aquiles revestido,
Me contaban la muerte, yo lloraba
El suceso infeliz de aquel arbitrio.

O si en sangre empapó de Tlepolemo
Su fiera lanza Sarpedon el licio,
De Tlepolemo la sangrienta muerte
Al punto renovaba mi conflicto.

Cuantos griegos en fin en vuestros campos
Murieron al furor del enemigo,
Todos hicieron que mi amante pecho
Yerto quedase, mas que el yelo, frio.

En fin, los justos dioses, á mis votos
Y á mi inocente amor fueron propicios;
Pues en cenizas convertida Troya,
Mi idolatrado esposo quedó vivo.

Tornaron ya los capitanes griegos:
Los altares humean de continuo;
Y extranjeros despojos por dó quiera
Son á los sacros dioses ofrecidos.

Las jóvenes ofrecen gratos dones
De sus esposos al feliz arribo;
Y los hados de Troya cantan ellos
Por los suyos deshechos y vencidos.

Admírase el anciano venerable,
Y la doncella tímida al oírlos:
La esposa está pendiente de los labios
Del marido que cuenta estos prodigios.

Tal vez alguno, puesta ya la mesa,
Señala en ella el memorable sitio,
Con el vertido vino, dibujando
De Troya la ciudad, y el campo Argivo.

„Este es el monte, dice, de Sigeo;
„Por aquí el Símois va, troyano rio;
„Aquí el soberbio alcázar de Priamo
„Ocupaba un lugar muy estendido.

„Aquí las tiendas del valiente Aquiles,
„Aquí están las de Ulises el divino,
„Y aquí el cadáver de Hector arrastrado
„Causó terror á los caballos mismos.”

Que todas estas cosas me ha contado
Mas de una vez Telémaco tu hijo,
A quien el viejo Nestor las narraba
Cuando yendo á buscarte, estuvo en Pilos.

Contábame tambien como murieron
En mitad de la noche sorprendidos,
Por Diómedes y tú, Dolon y Reso,
Con engaños aquel, y éste dormido.

Y como con un solo compañero
De noche, con audacia y artificios,
Penetraste de Reso los reales
Pasando muchos hombres á cuchillo.

Bien se conoce, Ulises, en tu arrojo
Cuanto echaste á los tuyos en olvido,
Pues cuando tú me amabas, yo me acuerdo,
Que eras por mí, mas cauto en el peligro.

Cuando escuché tu arrojo, allá en el pecho
Daba mi corazón fuertes latidos;
Ni cesó mi temor aun cuando supe
Que entraste victorioso al campo amigo.

¿Mas qué me importa á mí que derrocára
Al soberbio Ilion tu brazo invicto?
¿Ni qué, que los que un tiempo fueron muros
En triste suelo fueran convertidos?

¿No soy tan infeliz como lo fuera
Mientras Troya duró? ¿cuál es mi alivio?
Yo carezco, cual antes, de mi esposo,
Sin poder ver el fin de mis gemidos.

Troya, cuyo terreno el victorioso
Con bueyes ara ya, que unció cautivos,
Cayó para otras mil afortunadas,
Mas para mí infeliz aun no ha caído.

Ya sementeras son lo que fue Troya,
Y fecunda, con sangre de los frigios,
La tierra brota mieses abundantes,
Que ha de segar el labrador tranquilo.

Humanos huesos medio sepultados
Rompe el arado corvo en su ejercicio,
Y las yerbas ocultan por do quiera
Desechos y asolados edificios.

Sales triunfante en fin; pero yo ignoro
 Cuál de tu detencion es el motivo;
 Ni me es dado saber por qué ó en dónde
 Con ferreo corazon te has escondido.

Cualquiera que de Itaca á las riberas
 Encamina su barco peregrino,
 No se aleja, sin que antes le pregunte
 De tí mil cosas, que saber ansío.

Y por si mi ventura fuese tanta,
 Que te encontrára acaso en su camino,
 Escrita por mis manos una carta
 Para que te la entregue le confío.

A Pilos donde reina el viejo Nestor,
 Cuya avanzada edad cuenta ya siglos,
 Envié á saber de tí; pero fue inútil
 La incierta nueva que de Pilos vino.

Tambien á Esparta envié; mas en Esparta
 Ignoran igualmente tu destino:
 Ni la region se sabe donde habitas,
 Ni el lugar en que vives tan remoto.

El que existiera Troya todavia
 Hubiera para mí mas útil sido;
 Y yo misma detesto ya mis votos,
 Porque cayera Troya, repetidos.

Supiera al menos donde peleabas,
 Y solo de la guerra los peligros
 Temiera yo, pudiendo mis querellas
 Con las de otros juntar, para mi alivio.

Vencida Troya, ignoro lo que temo;
 Pero lo temo todo á un tiempo mismo:
 Y así un campo espacioso y dilatado
 A todas horas se abre á mi martirio.

Cuantos peligros tiene el ancha tierra,
 Y cuantos tiene el mar en sus abismos,
 Otros tantos motivos y ocasiones
 De tan larga tardanza me imagino.

Mientras yo neciamente así me afano,
 Tú, de estrangero amor tal vez cautivo,
 Amas á alguna jóven; que tan dulce
 Suele ser la traicion á los maridos.

Tal vez la contarás, por agradarla,
Cual es mi llano y rústico ejercicio;
Que inútiles y ociosos los vellones,
Ocupada en la tela, no permito.

¡Oh! ¡quiera el cielo que me engañe en esto
Y que el viento se lleve el vaticinio!
Que fuera insoportable tu tardanza,
Si el volver á tu patria está en tu arbitrio.

Mi padre Icario quiere que abandone
El lecho en que sin tí, sola yo habito,
Y al ver la resistencia que le opongo,
Condena mi tardanza cual delirio.

Condénela mi padre cuanto quiera;
Tuya soy, y de serlo me glorío:
Que Penélope fiel, de Ulises solo
Siempre esposa será como lo ha sido.

Mas Icario por fin, viendo cuan firme
Romper la fe que te juré, resisto,
Modera algunas veces sus instancias
Dejándose vencer á ruegos míos.

Una turba de amantes impudente
De Dulíquio, de Samos y Zazintos,
Porfiada me asedia, y con descaro
Me persigue, buscando mi cariño.

Reinan osados en tu misma casa,
Sin haber quien se oponga á su dominio.
Disipando voraces tus riquezas,
Que son nuestra sustancia y nuestro abrigo.

¿Para qué referirte la osadía,
La orgullosa altivez, los desperdicios,
De Eurímaco, de Antínoo, de Pisandro,
De Medonte cruel, ni de Polybo?

¿Ni para qué nombrarte tantos otros
A quienes todos ¡oh dolor! tú mismo
Con tu sangre alimentas torpemente,
Descuidando los bienes adquiridos?

Iro el mendigo, y el pastor Melancio,
Haciendo que devoren tus apriscos,
(Que es el último exceso del oprobrio)
Tambien para tu daño están unidos.

Tres solo en tu favor hemos quedado,
Laertes, por los años impedido,
Telémaco, muy jóven todavía,
Y yo débil muger sin poderío.

Y aun Telémaco ¡ó dioses! hace poco,
Cuando á pesar de todos iba á Pilos,
Estuvo á punto de perder la vida
Por la infame traicion de estos impíos.

¡Hagan los dioses que jamás perezca,
Y que siguiendo su órden los destinos,
Pueda cerrar tus ojos cuando mueras,
Habiéndome prestado igual oficio!

Estos mis votos son, y estos los votos
De Filesio el pastor, boyero antiguo,
De la anciana nodriza, y finalmente
De nuestro fiel Eumeo, el porquerizo.

El anciano Laertes, como inútil
Para las armas, sin esfuerzo y brio,
Sostener tus derechos ya no puede
En medio de tan tercós enemigos.

Las fuerzas de Télemaco muy tiernas,
Crecedrán con la edad, ya que está vivo:
Edad que tú debieras ciertamente
Cuidar y sostener con tus ausilios.

Yo en fin, muger y sola, nada puedo
Para arrojar de casa á estos inicuos;
Y así vuela tú mismo, de los tuyos
A ser el salvamento y el asilo.

Un hijo amante tienes, (¡Quiera el cielo
Guardártelo, cual yo se lo suplico!)
Que en sus jóvenes años ser debía
De su padre en las artes instruído.

Mira, mira á Laertes, tu buen padre;
Ven á cerrar sus ojos, cual buen hijo,
Que poco ha de tardar, cargado de años,
En exhalar el último suspiro.

Mírame en fin á mí, que si era jóven
Cuando te ví partir, será preciso, (cuentres
Que á tu vuelta, aunque pronta, ya me en-
Tal vez cual una anciana, Ulises mio.

HEROIDA SEGUNDA.

ARGUMENTO.

Navegando á su pátria Demofonte, hijo de Teseo, fue acometido por una tempestad y arrojado á Trácia, donde lo acogió Filis, hija del rey Licurgo, la cual reinaba entonces: y habiendo vivido con ella algun tiempo, la dejó para ir á cuidar del reino de su padre, con promesa de volver al cabo de un mes. Pasados cuatro sin verificarlo, le escribe Filis recordándole su promesa, la acogida que le dió, pintándole su desesperacion si no vuelve, y la resolucion de quitarse la vida en este último caso.

FILIS

DEMOFONTE.

Tu Filis, la que en Trácia ¡ó Demofonte!
Te acogió con amor y fe tan firme,
Se queja de que el tiempo es ya pasado
En que volver á Trácia prometiste.

Tú ofreciste volver ácia mis playas
Cuando la luna que el espacio mide
De la callada noche, una vez sola
El curso concluyera que describe;

Pero ya cuatro veces se ha perdido,
Y otras tantas ha vuelto á descubrirse,
Y en los mares de Trácia no aparece
La nave, Demofonte, en que te fuiste.

Si, cual suelen hacerlo los amantes,
El tiempo largo de tu ausencia mides,
Hallarás que mi queja no es temprana,
Y antes tarda mas bien puede decirse.

Por mas tiempo esperé del que debiera,
Teniendo tu traicion por imposible;
Mas ya la creo en fin, y á pesar mio,
Mi amante pecho tus engaños gime.

Mil veces he mentido por tu causa,
Diciendo que tu vuelta era infalible,
Pues juzgaba que el viento y tu promesa
Acá otra vez debieran conducirte.

A tu padre Teseo muchas veces
En tu tardanza y mi dolor maldije,
Creyendo que tu vuelta estorbaria,
Mas acaso no es él quien la prohíbe.

Otras veces temblaba imaginando,
Que del Hebro, al pasar entre las sirtes,
Tal vez las fieras y espumosas ondas,
Pudieron con el barco sumergirte.

Mil veces á los dioses he pedido,
Ante sus aras en accion humilde,
Que, á pesar de tu engaño y tus perfidias
Salvo te conservasen y felice.

Otras muchas, mirando favorables
Los vientos, y los mares bonancibles:
El volvera, si vive: sí, sin duda;
El volverá, yo misma á mí me dije.

Y otras muchas en fin mi amor constante
Cuántas causas pudieran impedirte
Se imaginaba, haciéndome ingeniosa
En disculpar tu ausencia inconcebible.

Mas tú en tanto no tornas, ni te mueven
Los juramentos que al partir hiciste
A las sacras deidades, ni tampoco
El amor y finezas de tu Filis.

Sin duda ¡ó Demofonte! diste al viento
La vela y tus palabras al partirte;
Y ni la nave cumple lo que ofrece,
Ni tus palabras cumplen lo que dicen.

Díme ¿qué pude hacer que te agraviase,
Sino amarte sobrado, como lo hice?
Esta sola es mi culpa; mas por ella
No merezco en verdad que así me olvides.

Un crimen hay en mí, yo lo confieso,
Y es que pude, hombre falso, recibirte;
Pero de un beneficio, si lo adviertes,
Tiene el valor y mérito este crimen.

¿A dónde esta la fe que me juraste?
¿A dónde está la diestra que me diste?
¿A dónde el dios de amor, que tantas veces
Pronunciaba tu labio al persuadirme?

¿A dónde el himeneo prometido,
Garante del enlace, que dijiste
Que en conyugal union correr haria
Nuestros años unidos y felices?

Tú por el mar juraste, cuyas ondas
Furiosos vientos chocan y dividen;
Juraste por el mar, que á surcar ibas,
Y cuyos riesgos antes conociste.

Por Neptuno juraste que es tu abuelo,
(Si en esto hablas verdad y no lo finges)
Por Neptuno, que puede de los mares
Serenar ó encender las fieras lides.

Por Venus me juraste, y por las armas
Del ciego Niño, que mi pecho oprimen,
Del Niño que me abraza con su tea,
Y con su aljaba y arco me persigue.

Me juraste por Juno la divina,
Que en las bodas benéfica preside,
Y por Ceres en fin, asegurando
La palabra cumplir que aquí me diste.

Si de tantas deidades cada una
La debida venganza de tí exige,
No basta, Demofonte, tu persona
Las penas á pagar de tanto crimen.

Las fatigadas naves que yo misma
Reponer compasiva ó necia quise,
Fueron para que en quilla mas segura
Me abandonases, pérfido, con irte.

Y para que de mí fueras huyendo.
 Los remos y las velas te previne:
 ¡Infelice de mí que con mis armas
 Herido el pecho se lamenta y gime!

Engañáronme dulces las palabras
 En que abunda tu labio al producirse:
 Engañáronme juntos tu prosapia,
 Y el nombre que te ilustra, según dices.

Engañóme tu llanto.... ¿También este,
 Cual tus palabras, pérfido, fingiste?
 ¿Las lágrimas también á derramarse
 Enseña el arte, si la vez lo pide?

Engañáronme en fin los mismos dioses:
 Pero tantos engaños ¿á qué unirse?
 ¿Cualquiera de ellos no bastaba solo
 A burlar el candor de una infelice?

No la acogida que te dí me pesa
 Cuando quise en mi reino recibirte:
 ¡Ojalá que éste solo hubiera sido
 El único favor que me debiste!

Mas sí me pesa ¡ó cuánto! haber creído
 Tus falsedades y lisonjas viles,
 Por las que neciamente alucinada
 Contigo ¡ay desdichada! llegué á unirme.

¡Oh! ¡Si la noche que anunció tal día
 La última fuera de mi vida triste!
 Al sepulcro inocente y no culpada
 Bajára entonces la engañada Filis.

Mejor suerte esperaba, imaginando
 Haberla merecido con servirme:
 Que es lícito esperar, si la esperanza
 En el fundado mérito consiste.

Engañar á una jóven inocente
 No es hazaña en verdad ardua y difícil,
 Mereciendo favor, y no traiciones,
 Un tierno corazon sencillo y simple.

Herida del amor, muger, y jóven
 ¿Qué mucho si engañarme conseguiste?
 ¡Hagan los dioses, que á lo menos éste
 Pueda el último ser de tus ardides!

Y que se alce tu estatua, do se miran
De los hijos de Egeo las efigies;
Junto á la de Teseo, cuyo nombre
Ensalzan estos títulos sublimes:

„Este es quien á Procusto dió la muerte,
„Y al inhumano Seíron: quien de Sinis
„Los miembros destrozó: quien á la tierra
„Libró del Minotauro, monstruo horrible:

„Quien á Tebas venció: quien puso en fuga
„A los fieros centauros invencible;
„Quien del negro Pluton al reino oscuro
„Bajó en fin, á pesar del can trilingüe.

Cabe esta estatua pues, allá en Atenas,
La tuya y este título se fijen:
„Este, á la amante que le dió acogida,
„Hizo con sus engaños infelice.

Pues de los grandes hechos de tu padre,
De sus hazañas públicas é insignes;
A Ariadna abandonada con perfidia
Es tan solo la hazaña que aprendiste.

De entre tantas acciones, solamente
La que juzgó tu padre reprehensible,
Es la única que admiras; y heredero,
Si no de las demas, de ella te hiciste.

Ariadna (no la envidio) ya disfruta
Un marido mejor, de engaños libre,
Y en elevado carro se pasea,
Del que tirando van pintados tigres.

Yo despreciada soy; y los de Trácia
(De quienes por tu causa me deshice)
Desprecian ya mi mano, porque ingrata
Un extranjero pude preferirles.

Y hay quien diga tal vez: „ya Filis puede
„A Atenas la científica partirse;
„Que en la guerrera Trácia, sin sus yerros,
„Habrà sin duda quien mejor domine.”

Asi suelen hablar. ¡Oh nunca el cielo
Las necias predicciones verifique,
De los que solo juzgan las acciones
Por el éxito bueno ó infelice!

Pero si tú volvieses; si tu nave
Otra vez á mis puertos se dirige;
Publicarán entonces mis aciertos
Cuando escogerte por esposo quise.

Mas ni yo tuve acierto, pues no tornas,
Ni te mueve el reinar para venirme,
Ni ya te bañarás, como solias,
Del Bistónio en las aguas apacibles.

Aun á mis tristes ojos todavia
El acto de tu ausencia se repite:
Paréceme estar viendo allá en el puerto
Tus naves ya dispuestas á partirse.

Entonces me abrazaste, y rodeando
Con tus brazos mi cuello, al despedirte,
Cual un amante tierno que se ausenta,
A hacerme otras caricias te atreviste.

Tus lágrimas, ingrato, con las mias
Vi por un largo rato confundirse;
Y al hincharse la vela aun te quejaste
De que fueran los vientos tan felices.

Arrancándote entonces de mis brazos
Estas palabras últimas dijiste:

„No llores ¡ay! espera ¡ó Filis mia!
„Que tu fiel Demofonte pronto arribe.”

¿Qué tengo de esperar, si con engaños
Para nunca mas verme te partiste?
¿Qué tengo de esperar, si ya á tus naves
Acercarse á mis playas no permites?

Sin embargo, yo espero: haz con tu vuelta
Que mi amante esperar se realice:
Ven aunque tarde, ven; y haz de este modo,
Que en el tiempo, y no mas, tu falta estribe.

¿Mas para qué te ruego ¡ay desdichada!
Si el poderte volver tal vez lo impide
Alguna nueva esposa, ó nueva llama,
Que á mi suerte se opone y contradice?

Desde que me olvidaste hallarás otras,
Mas otra como Filis, imposible;
Y si tanto ¡ay de mí! me has olvidado,
Que puedas preguntar „cuál, ó qué Filis.”

Aquella, Demofonte, que en un tiempo,
 Cuando errante llegaste á sus confines,
 Te abrió de Trácia los amigos puertos,
 Y te dió la acogida que pediste:

La que con sus riquezas abundantes
 Las tuyas aumentó sobrado humildes:
 La que de dones te colmó indigente,
 Y pensaba otros muchos conferirte:

La que puso en tu mano las provincias
 Que el reino de Licurgo circunscriben;
 Tan vastas y beligeras, que apenas
 Por sola una muger pueden regirse;

Desde do se alza el Ródope nivoso
 Y el Hemo, cuya cumbre se reviste
 De umbrosas arboledas, hasta el Hebro,
 Cuyas aguas el Póntico recibe;

La que en fin con auspicios tan funestos
 Quiso tu esposa ser, aun siendo virgen,
 Cuando con mano infiel y engañadora
 El cinto virginal la desceñiste.

Tálamo desdichado, dó se oyera
 De Tisifone el lamentar horrible:
 Dó en lugar de los cantos de Himeneo
 Solo se oyó del buho el canto triste.

Dó en vez de Juno, Alecto presidia,
 Erizadas de vívoras sus crines;
 Y dó con las nupciales, bien pudieron
 Las sepulcrales teas confundirse.

Con todo, á los peñascos y á las playas,
 Sumida en la tristeza que me oprime,
 Muchas veces me voy, y allí me sienta
 Donde los anchos mares se registren.

Ora caliente el sol la seca tierra,
 Ora los astros de la noche brillen;
 Observando me estoy cual viento reine,
 Y si las ondas de la mar agite.

Si en tanto alguna vez allá en los mares
 Algun lejano barco se percibe,
 Figúrome al instante, y ya no dudo
 Que en él mi Demofonte se aproxime.

Corro sin detenerme ácia la orilla,
A dó primero estiende el mar movable
Las espumosas aguas que mis pasos
No sin trabajo detener consiguen.

Y cuanto mas el barco se aproxima,
Mas mis fuerzas se agotan y se rinden,
Al ver mi desengaño; y caigo en tierra
Hasta que las esclavas me retiren.

Hay un seno en el mar en forma de arco
Bajo de una montaña inaccesible,
En cuyos dos extremos levantados
Grandes peñascos hórridos se erigen:

Desde esta elevacion quise resuelta
Precipitarme, y en el mar hundirme:
Y sin duda lo haré, pues tú resuelto
En tus engaños y mi mal persistes.

A tus playas entonces mi cadáver
Las olas llevarán, y cuando arribe,
Me ofreceré á tus ojos insepulta,
Pues así con tus fraudes lo quisiste.

Porque al hierro, al diamante, y á tí mismo
Superes en dureza, hombre insensible;
Y esclamarás tal vez „¡ay Filis mia!
No así debieras ¡ó dolor! seguirme.”

Sí, moriré: mil veces con veneno
Me quise ya matar: otras mil quise,
Hundiéndome el puñal en las entrañas,
Acabar una vida que me aflige.

Otras veces en fin al acordarme
Que el cuello con los brazos me ceñiste,
„Un lazo, dije, un lazo será ahora
„Quien ciñéndome el cuello, me castigue.

Está resuelto ya: mi honor perdido
Muerte temprana y súbita indemnice;
Y en escoger la muerte que me acabe
Tiempo muy corto debe consumirse.

Y tú que de mi muerte eres la causa,
La causa que odiarán cuantos la miren,
Conocido serás en mi sepulcro
Por éste rubro ú otro que lo explique:

A FILIS DEMOFONTE DIO LA MUERTE,
 PERFIDO HUESPED, A SU AMANTE FIRME;
 EL DIO LA CAUSA, Y ELLA EL INSTRUMENTO,
 QUE EJECUTO CATASTROFE TAN TRISTE.



HEROIDA TERCERA.

ARGUMENTO.

Entre las cautivas que se repartieron los griegos de las ciudades que subyugaron en Frigia, cuando vinieron al sitio de Troya, tocó Briseida á Aquiles; mas habiéndosela quitado el rey Agamenon, se retiró aquel héroe á sus tiendas sin querer pelear, ni aplacar su enojo, aun cuando el rey arrepentido le devolvía su cautiva con muchos dones. Entonces Briseida escribe á Aquiles, quejándose de la facilidad con que la entregó, y de la obstinacion que muestra en recibirla: suplicale que la reciba, ya que no como esposa, siquiera como á su esclava.